

El compañero que quedó cautivo  
Entre las castellanas compañías,  
Al Cuzco lo mandaron llevar vivo,  
Y allá murió dentro de quince días,  
Callado, congojoso, pensativo,  
Aunque lo regalaban por mil vias:  
Allí llaman a estos sachalunas (1),  
Y no pudieron ver otras algunas.

Deste paraje donde los hallaron  
(Que fué de los haber muestra bastante),  
Por río, dicho Magno, navegaron  
Mas de doscientas leguas adelante;  
Y en cierta playa donde ranchearon  
Para mirar la tierra circunstante,  
Del campo salen con Diego de Rojas  
Once con arcabuces y con hojas.

E yendo por un arboleda clara,  
Limpio suelo, los árboles lejanos,  
Y tan altos que apenas una jara  
Pasara sus estremos soberanos:  
El pié del uno no se rodeara  
Con diez hombres asidos de las manos;  
A cuya sombra fresca y espaciosa  
Una vision estaba monstruosa.

Salvaje mas crecido que gigante,  
Y cuyas proporciones y estatura  
Eran segun las pintan en Atlante,  
De hombre natural la compostura,  
En el hocico solo discrepante,  
Algo largo y horrenda dentadura,  
El vello cuasi-pardo, corto, claro,  
Digo no ser espeso, sino raro.

De fudoso baston la mano llena,  
El cual sobrepujaba su grandeza,  
Pues era como la mayor entena  
Y del cuerpo de un hombre la grosseza;  
Y aqueste meneaba tan sin pena  
Como caña de mucha lijeza:  
Hermafrodito, porque los dos sexos  
Le vieron no mirándolo de lejos.

Yendo Rojas delante sin sospechas  
De tal encuentro, los de retraguada,  
Viendo moverse piernas tan mal hechas,  
A grandes voces dicen: ¡guarda, guarda!  
Apuntan los cañones de las mechas  
Impelen luego la pelota parda,  
Y todos, por tener ancho terrero,  
Acertaron á dar al monstro fiero.

Cayó con el baston en tierra dura,  
Rompiendo con baladros vagos vientos,  
Y el dicho Melchior de Barros jura  
Que hizo la cercana sentimientos  
Con temblores, y al tiempo que procura  
Levantarse, cebaron instrumentos  
Con uno y otro tiro penetrante,  
Estorbando que mas no se levante.

Del aliento vital desamparado,  
Mandaban un soldado diligente  
Con avisos al dicho Maldonado  
Que la monstruosidad le represente;  
Mas túvose después por acertado  
Que vuelvan todos ellos juntamente,  
Y así fueron al campo detenido  
A dalle cuenta de lo sucedido.

Movido por los ciertos mensajeros  
A ver tan monstruosos animales,  
Vino con treinta y dos arcabuceros,  
Mas no hallaron mas que las señales  
De la sangre, con los reholladeros  
De rastros en grandeza tan iguales,  
Y segun pareció por las florestas  
El defunto llevaron á sus cuevas.

Caminan por el rastro que seguido  
Subió acia la sierra que frontera  
Tenian, en la cual oyen rúido  
Tan grandé, que temblaba la ladera:  
Juan Alvarez, que tal estremo vido,  
A todos les habló desta manera:

(1) Sacharunas son hombres salvajes, y son grandes y vellosos.  
(Nota de Pablo Sarmiento, quien enmienda Sachalunas por Sacharunas.)

«No vengo yo, señores, á contienda  
De monstros, mas de gente que me entienda.

»Volvámonos en paz á buscar tierra  
Donde hallemos racional cultura,  
Porque meternos en aquesta sierra  
Páreceme grandísima locura.»  
Porfiaban con él que no se yerra  
En dalle conclusion al aventura;  
Mas él los increpó de gente suelta,  
Y así con todos ellos dió la vuelta.

Aquí no contaremos el suceso  
Que tuvo su larguísima carrera,  
Por relatar el mas largo proceso  
De nuestro Benalcázar, que me espera,  
Y me hizo sacar este digreso  
Para decirnos que en aquella era  
Se levantó la fama del Dorado  
Por lo que ya dejamos declarado.

Páreceme que doy justas excusas;  
Y si salieron otras digresiones  
Que en el discurso desta van inclusas,  
Enlázanse razones de razones,  
Que cumple para no quedar confusas  
Alargarnos en las declaraciones;  
Pues en comedias suelen muchas veces  
Entremeter graciosos entremeses.

Y pues pasaron estos, razon manda  
Tentar otro viaje mas prolijo,  
Y es el de Benalcázar, el cual anda,  
No sin solicitud y sin cojiijo,  
Aprestándose para la demanda  
De lo quel indio de Bogota dijo;  
Y por ser cosas de gustoso cebo  
Su principio será con canto nuevo.

### CANTO TERCERO.

Donde se cuenta cómo Benalcázar procuró llegar á sí el número de españoles que le fué posible para ir en seguimiento de la noticia que de Bogotá le dió el indio que halló en la ciudad de Quito, y lo que aconteció en aquel viaje á él y á sus capitanes.

Si pudiesen por letras ser patentes  
Los pasos por do fueron los primeros,  
Escelsas cumbres, sierras eminentes,  
La brava multitud de los guerreros,  
Porñian en espanto los presentes  
Y en gran admiracion los venideros,  
Y ternian por hechos soberanos  
Aquellos que resultan de sus manos.

Mas como los que vienen nuevamente  
Hallan ya por allí meson y venta,  
Guisada la comida, y el sirviente  
Humilde para lo que les contenta,  
Nada, viendo no mas de lo presente,  
De lo pasado se les representa;  
Y así no corte mas baja moneda  
Que quien lo conquistó, si vivo queda.

Y no fué cada cual, á lo que veo,  
Menor en allanar dificultades,  
Quel nieto validísimo de Alceo,  
Celebrado de las antigüedades;  
Porque no son las del leon Nemeo,  
Sino mayores monstruosidades,  
Y si los tales eran hechos buenos  
No fueron los de Benalcázar menos.

El cual, dispuesto para la jornada  
Que vistes en la rhitma precedente,  
A la ciudad volvió recién fundada  
Del dicho San Miguel á buscar gente,  
Dejando con caballos aviada  
Aquella que tenia de presente,  
Con Ampudia, que luego hizo via  
A Pasto, donde Añascó residia.

Fué Juan de Ampudia del obedecido  
Por general, supuesto que traia  
Buenos recados y poder cumplido  
Del dicho Benalcázar, que lo invia:  
Cada cual dellos pues apercebido,  
Y el indio que dijimos siendo guia,  
A Bogotá dirigen su cuidado  
En busca y en demanda del Dorado.

Anduvieron gran número de dias,  
Rompiendo por montañas deshabitadas,  
Tristes, lluviosas, cenagosas, frias,  
De luz y de salud desamparadas,  
De por medio las altas serranias  
Y cordillera de sierras nevadas,  
Que dividen la poderosa vena  
Del rio Cauca y de la Magdalena.

Viendo cómo la gente perecia  
Y que la tierra daba mala muestra,  
A todos pareció que convenia  
Ir declinando acia la siniestra  
Mano; mas aquel bárbaro porfia  
Que su Dorado dejan á la diestra,  
Y ellos huyendo de los despoblados  
A Cibundoy salieron mal parados.

Provincia que tenia sus terrenos  
De buenos alimentos proveidos,  
Donde llegaron ya caballos menos  
Y algunos españoles fallecidos:  
Reformáronse pues en estos senos,  
Estando veinte dias detenidos,  
Desde donde salian en cuadrillas  
A descubrir las mas cercanas villas.

Destos una guerrera compañía  
De fuertes caballeros y peones  
Descubrieron el valle de Patia,  
Adonde vieron buenas poblaciones  
Y gente bien armada, que venia  
Con brazaletes, pectos, morriones  
Y otras diversas joyas de oro fino,  
Agradables al campo peregrino.

Rodearon con redes las zavasas  
Para tomar con ellas los caballos:  
Los nuestros, como viesan partes llanas,  
Do pueden á su gusto meneallos,  
Jugaron de las astas castellanas  
Sin temor de las redes ni trasmallos;  
Y así caidos como los enhiestos  
Quedaron de sus joyas descompuestos.

Conclusos los guerreros movimientos  
Y vencida la bárbara braveza,  
Recogieron aquellos ornamentos  
Y á Cebundoy volvieron con presteza,  
Alegres, placenteros y contentos  
Por ser indicio de mayor riqueza;  
Y así todos entraron en Patia  
Para ver los secretos que tenia.

Asentaron real en los ejidos  
Para se defender acomodados,  
Y tres dias después de ser venidos,  
Estando del asalto descuidados,  
Fueron de multitud acometidos  
No menos que por todos cuatro lados,  
Cada cual indio con pavés de danta  
Que cubre de los piés á la garganta.

Los rostros con pinturas espantables,  
Muestra de la braveza de sus pechos,  
Caribes, carniceros, detestables;  
Lanzas y dardos eran los pertrechos  
Que defensivos hacen penetrables,  
Por ser de palma, duros y bien hechos;  
Un rúido feroz, un ronco canto  
Que no dejaba de causar espanto.

Escuadras á su modo bien compuestas,  
Regidas por caudillos principales;  
Sobre coronas de oro van enhiestas  
Plumas y colas de otros animales;  
Gran número de redes dejan puestas  
En los caminos y cañaverales,  
Con todos los avisos y recados  
Que suelen en las cazas de venados.

Porque si de sus manos escapase  
O ya caballo, ya peon lijero,  
Allí se detuviere y ocapase  
En los opuestos lazos del sendero,  
Y gente que los pasos reguardase  
Y en ellos prevenido carnicero,  
Que cuando cae la fugace caza  
Con mano liberal la despedaza.

Reparte pues Ampudia sus soldados  
Con la presteza que se requeria:  
Salen los caballeros bien armados  
Al lado cada cual que le cabia;  
Ciento y setenta son los señalados  
De peones y de caballeria,  
Y de los enemigos diligentes  
Sobre tres mil robustos combatientes.

De las robustas y violentas manos  
Ya los jáculos vuelan á porfia,  
En partes rasas y lugares llanos,  
Segun el español apetecia;  
Aumentáanse les golpes inhumanos,  
Suena la descompuesta voceria,  
Pelea cada cual donde se balla,  
Sin ver quién hace mas en la batalla.

Porque de tantos eran rodeados,  
Que no se dejan ver hazañas bellas;  
Bien como muchedumbre de nublados  
Impide claridad de las estrellas,  
Hasta tanto que son abuyentados  
Por secos vientos y parecen ellas:  
Así no ven la gloria ni la injuria  
Hasta que ya pasó primera furia.

El de caballo rompe y atropella  
Cambiando aquí y allí lanza no tarda;  
El brioso peon sigue su huella,  
Que con gran vigilancia lo reguarda;  
Cada cual en su puesto hace mella  
Por la gente que via mas gallarda:  
Rompe los aires vagos con gemidos  
La grande multitud de los caidos.

Hierva la furia, crece la matanza,  
Como lobos entre balantes reses,  
Anda lista la punta de la lanza,  
Apresurados pasos y reveses;  
Huellan los de católica crianza  
Por cima de los dardos y paveses;  
Y bárbaros que dellos tienen usos  
Revueltos, descompuestos y confusos.

Finalmente, la gente baptizada  
La priesa que les dió fué de manera  
Que la bárbara, vil y desalmada  
Tuvo por bueno de salirse fuera  
Del compás que tenia la llanada,  
Teniendo por mejor una ladera;  
Y así pusieron tierra de por medio,  
Que fué lo principal de su remedio.

Repararon las gentes españolas,  
Ya deseosos destos intervalos,  
Pero dos con caballos á sus solas  
Fueron tras ellos, y en los pasos malos  
Indios les echan mano de las colas,  
Y allí les daban infinitos palos;  
Y si tan presto no los socorrieran  
Ellos y los caballos perecieran.

Desta manera Florencio Serrano,  
Por quitar á dos indios los joyeles,  
A pié tras ellos fué, mas ya cercano  
Revuelven contra él como lebreles,  
Con paveses y dardos en la mano,  
Segun suelen aquellos infieles:  
No le bastó rodela ni reguardo  
Para que no lo hieran con un dardo.

Pegáronse con él, vista la llaga,  
Rebatiendo con furia sus pertrechos,  
Para que con humana carne haga  
Los carniceros vientres satisfechos;  
Aprovechóse presto de la daga,  
Atravesando los caribes pechos:  
Escapó dellos y de la herida,  
Y en el presente tiempo tiene vida.

Alguna gente de caballo vido  
Aquel conflicto y afliccion notoria,  
Y no pudo ser dellos socorrido,  
Por no hallarse via transitoria:  
Al fin él, puesto caso que herido,  
Volvió con ricas joyas y victoria;  
Y todos sin mortifera querella  
Allí tuvieron razonable pella.

Descansaron la noche, y otro día  
Parte de los caballos y peones  
Recorren aquel valle de Patía,  
Descubriendo bien puestas poblaciones,  
De las cuales la gente les huía  
Sin intentar beligeras cuestiones:  
Hallaban proveidas las posadas,  
Y así hacían cortas las jornadas.

Yendo pues nuestra gente castellana  
Mirando bien el uno y otro seno,  
Subieron con frescor una mañana  
A parte que mostró mejor terreno,  
Crecida población en tierra llana,  
Y de grata labor el campo lleno:  
Tierra de Popayán, de cuyas venas  
Dorados granos daban manos llenas.

Era la fuerza deste principado,  
Que Popayán tenía por segura,  
Un espacioso fuerte rodeado  
De guadubas nativas y espesura  
De cerca, que tenía cada lado  
Sobre cincuenta pasos en anchura:  
La cual cerca, demás de ser tan gruesa,  
Era sobremanera muy espesa.

Son cañas altas, huecas, pero duras  
Tanto que no terné por gran esceso  
Comparadas en estas escrituras  
A la dureza del humano hueso:  
Largos cañutos son sus coyunturas,  
Como muslo de un hombre lo más grueso;  
Allí muy enhetradas y nacidas  
De muchos años y de largas vidas.

Pues como viesan ir nuestros soldados  
Los que dellos estaban en espera,  
Siendo de centinelas avisados,  
Del cercado que digo salen fuera  
Cantidad de tres mil hombres armados,  
A fin de les tomar una ladera,  
Con posturas gallardas y lozanas,  
Paveses, dardos, lanzas y macanas.

Innumerables joyas fanfarronas  
Del oro quel latino llama puto,  
Con pechos, brazaletes y coronas  
Que son según caperuzas de luto,  
De bija rubricadas las personas,  
Alarde y escuadron no mal instruto,  
Y cargadas de dardos mil mujeres  
Que servían en estos menesteres.

El alto pues tomó nuestro caudillo  
Primero que la gente de Poporo,  
Y tanto metal vieron amarillo  
Que con la muestra de mayor tesoro  
Dijo riendo Miguel de Trujillo:  
« ¡ Oh! plegue á Dios, amén, con tanto oro,  
Buen ánimo, buen ánimo, cristianos,  
Que bien teneis donde llenar las manos. »

Acometiéronles desde las cuevas  
Para quitar las crestas á los gallos;  
Mas criénagas hallaron contrapuéstas,  
Impedimento para los caballos;  
Llevaban solamente tres ballestas  
Y amparo de quien sepa reguardallos,  
Y destas ayudados los peones  
Pasaron empleando los harpones.

Con valor admirable pelearon,  
Y furia de los indios resistieron,  
Hasta que los caballos ya pasaron  
Por cómodo lugar que descubrieron;  
Con gran obstinación indios cargaron,  
Y con mayor los nuestros combatieron,  
Aunque no con avisos convenientes  
Por se hallar en partes diferentes.

Uno de los jinetes se abalanza  
Solo, sin tomar término medido,  
Mas de la mano le sacó la lanza  
El bárbaro con ella mal herido;  
Tomara con la misma la venganza,  
A no ser de españoles socorrido,  
Quitándola con dalle mortal sueño,  
Y así se la volvieron á su dueño.

No muestra Juan de Ampudia lanza vana  
Pues la trae de sangre rubricada;  
Mas por un principal dura macana  
Con tan terrible golpe fué librada,  
Que le quitó y echó por tierra llana  
El fuerte morrión ó la celada:  
El noble capitán se vió perdido,  
Y en aquel punto cuasi sin sentido.

Como lo vieron con algun sosiego,  
Algo turbada la guerrera mano,  
Cargo sobrel impetuoso fuego  
Y multitud de bárbaro cercano:  
Francisco de Aguilar acudió luego  
Juntamente con Florencio Serrano,  
Y en escapándose de la canalla  
Volvió con mas rigor á la batalla.

Rompe la lanza pechos y ternillas  
De los que con mas brío se declaran;  
Las verdes yerbas, rojas y amarillas,  
Con sangre de los miseros se paran;  
Finalmente, las bárbaras cuadrillas  
Atónitas el campo desamparan:  
Los españoles ponen su cuidado  
En tomar las entradas del cercado.

Dos eran, una de otra separada,  
Que miran al oriente y occidente,  
Angosta cada cual en el entrada,  
Pues un caballo cabe solamente;  
Entraron sin rencilla porfiada  
Por haberse huído ya la gente:  
Hallaron grano y otros alimentos,  
Y bien acomodados aposentos.

Aquestos se hicieron mas abiertos  
Para dormir el campo peregrino;  
Tomaron de los vivos y los muertos  
Grande copia de joyas de oro fino;  
Van á Patía mensajeros ciertos,  
Y el capitán Añasco luego vino,  
Do celebraron la sagrada fiesta  
De Todos Santos, con la mano presta,

Año de treinta y cinco de la era,  
Con mas un mil y cinco veces ciento,  
Allí pues reformada la bandera,  
Dejaron á los indios el asiento:  
Fueron por el compás desta frontera  
Continuando su descubrimiento;  
Hallaron cuatro leguas del cercado  
El pueblo Popayán conmemorado.

Crecida población en gran manera,  
Y toda suntuosa casería,  
Mas sola paja cubre la madera;  
Y entrelas una casa que tenía  
Cuatrocientos estantes por hilera,  
Tan grueso cada cual, que no podía,  
Por una y otra parte rodeado,  
Ser de dos españoles abrazado.

Catorce los horcones, y cualquiera  
El mayor que producen las florestas;  
Admiración causaba la cumbre  
Por verse pocas plantas como estas;  
Casa decían ser de borrachera  
Donde solían celebrar sus fiestas:  
Alojaronse pues en un recodo  
Ellos y bestias y el servicio todo.

Mas luego vieras sacudir las plantas  
Y dar mil brinco el caballo laso,  
Porque niguas y pulgas fueron tantas  
Que no se vió reposo mas escaso;  
Y así cubiertos hasta las gargantas  
Los echan del lugar mas que de paso,  
De manera que les hicieron guerra  
En vez de los vecinos de la tierra.

Los cuales con temor de nuestra gente  
Habían ya dejado sus culturas,  
Con las mujeres, hijos y adherente,  
Que pudieron en tales coyunturas;  
Y así los bárbaros tan solamente  
Les daban grita desde las alturas,  
Sin descender á los lugares llanos,  
Ni venir por entoneces á las manos.

Con el desgusto pues el caminante  
Con que de la gran casa salió fuera,  
Un poco caminó mas adelante  
Alojándose mas á la ribera  
De Cauca, donde por ser importante  
El Ampudia mandó hacer bandera,  
Para que cuando necesaria fuere  
Pugnen con orden tal cual se requiere.

Fué Florencio Serrano con oficio  
De alférez por Ampudia señalado,  
Y al tiempo del divino sacrificio  
Por Garci Sanchez el beneficiado,  
Que fué después en este beneficio  
Primero (por habello trabajado),  
Esta primer bandera se bendijo  
Dia del (por Egeas) Crucifijo.

Mas por entoneces no se pretendía  
Dejar en Popayán pueblo fundado,  
Porque tenían ojo todavia  
A los descubrimientos del Dorado:  
Habíaseles muerto ya la guia  
Que las noticias les habia dado,  
Y la tal ocasion no fué bastante  
Para que no colasen adelante.

Y así por do ventura los aplica  
Prosiguen adelante su camino  
Hasta cerca de Cali, tierra rica,  
Donde hallaron peines de oro fino,  
Con otra cantidad que certifica  
Ser próspero caudal el del vecino:  
Casas pajizas, pero con primores,  
Absentés dellas ya los moradores.

Entrelas muchas chozas muy pequeñas,  
Redondas, do varon jamás entraba,  
Por ser albergues hechos para dueñas  
El tiempo que su menstroo les duraba,  
Donde ni por palabras, ni por señas,  
Con ellas nadie se comunicaba,  
Ni consentían que cosa de ni tomen,  
Y á la puerta ponían lo que comen.

Yendo pues prosiguiendo su conquista,  
Escudriñando valles y rincones,  
Dieron al río de Xamundi vista,  
Por sus riberas grandes poblaciones:  
Allí hallaron gente que resista,  
Lucidos y compuestos escuadrones,  
Con coronas, con pechos y brazaletes  
Del mas alto metal de los metales.

Espolean, mas hay atacaderos,  
Para poder llegar á ellos antes,  
Impedimento de los caballeros;  
Pero juzgando ser allí bastantes,  
Pasaron como sueltos y lijeros  
Con Florencio Serrano los infantes:  
Suenan los golpes y el furor se enciende,  
Para dar fin á lo que se pretende.

A las joyas el español anhela,  
El bárbaro defiende sus cabañas:  
Hierva la confusion y el tiro vuela;  
Aquí y allí se daban buenas mañas;  
Hay dardo que traspassa la rodela,  
Y espada que descubre las entrañas;  
Descarga golpe la macana presta,  
Mas no se tarda la mortal respuesta.

Estuvo la victoria pues perpleja  
Por la fuerza del bárbaro gentío;  
Mas el espada tanto los aqueja  
Que les forzaron á pasar el río;  
A los nuestros el pueblo se les deja  
Con cantidad de joyas y atavío:  
Aumentó su temor para dejallo  
Ver apriesa venir los de caballo.

En este mismo pueblo se ranchean  
Como salieron con sus intenciones;  
Luego miran, trastornan y catean  
Los nuevos moradores los rincones;  
Halláronse del oro que desean  
Aguilas finas, pechos, morriones,  
Y en el remate de un buhio vido  
El alférez el suelo removido.

Con el hierro de la bandera cala,  
Y el asta mete con entrambas manos:  
Encontró con finísima chaguala  
Que pesaba trescientos castellanos;  
Entran otros soldados en la sala  
Con manos prestas y con piés livianos,  
Y en este mismo hoyo que cavaron  
Otros cinco mil pesos se ballaron.

Por ser aquel asiento sospechoso  
Y no tener salidas á contento,  
Tuvieron pocos dias de reposo,  
Y fueron á buscar mejor asiento  
Orillas de aquel río caudaloso  
Que de Cauca tenía nombramiento,  
Donde con guadubas hicieron fuerte,  
El cual fué fabricado desta suerte:

Cortaron muchas en el espesura  
Que contenía cantidad inmensa,  
Y á la parte de tierra se procura  
Hacer con ellas una cerca densa;  
A la banda del agua, mas segura,  
El río les servía de defensa  
Contra los otros, por les ser remedio  
Tener aquel gran río de por medio.

Aquellos ven desde sus vecindades  
En la barranca ranchos forasteros,  
Y á causa de saber las novedades  
Envían por el agua mensajeros;  
Los nuestros procuraron amistades,  
Llamándolos con rostros placenteros,  
Y así por ruegos de la gente blanca  
Ovieron de llegar á la barranca.

Diéronles cuchillejos y machetes,  
Algunas estragadas herramientas,  
Ciertas albaneguetas y bonetes,  
Corales y otras vidriosas cuentas:  
Fueron aquestos dones alcahuetes  
Para hacer allí gentes atentas  
A la contractación cotidiana  
Que tenían á tarde y á mañana.

Y no solo varones acudían  
A tales ferias y contracto pio,  
Pero también mujeres se atrevían  
A pasar á lo mismo por el río:  
Diré de la manera que venían,  
Que no será ficción ni desvario,  
Sino pura verdad y certidumbre,  
Segun en lo demás es mi costumbre.

En una gruesa caña cabalgando,  
Y en ella de su vino cierta pieza  
Como botija, con los piés bogando  
Donde su voluntad las endereza;  
Con rueca y huso todas van hilando,  
Cesta de fructa sobre la cabeza,  
Y así pasan el río mas derechas  
Que por carreras llanas y bien hechas.

Juan de Ampudia después envió fuera  
A cien personas bien aderezadas  
Para pasar aquella cordillera  
Que llaman por allí sierras nevadas:  
Hallaron ser difícil la carrera  
Para ver las vertientes deseadas,  
Y en mas de treinta leguas de camino  
Nunca se vido paso sin vecino.

Poblados montes y las partes rasas,  
Los fondos valles hasta los altores,  
Y pueblo se hallaba de mil casas  
Grandes, de seis y siete moradores  
En cada una, donde de sus brasas  
Y humos divididos son señores,  
Con hijos y mujeres y sirvientes  
Albergados en partes diferentes.

Cada cacique guarda su cabeza  
Sin divertirse de su pertenencia,  
Los súbditos convoca y adereza,  
Y hace la posible resistencia.  
Era caudillo Francisco de Cieza,  
Que contrastaba bárbara potencia,  
Con cuya prontitud contraria saña  
Autes recibe daño que les daña.

Continuando siempre la porfia  
Y pelea, do quiera que llegaron,  
Tanto que cinco veces en un día  
Con unos mismos indios pelearon:  
Nadie de sus vecinos se valia,  
Ni los unos á otros ayudaron,  
Sin junta general; mas á hacella,  
Con gran dificultad salieran della.

En el discurso pues deste viaje,  
De que prolija relacion no hago,  
Llegaron á las tierras y paraje  
Donde después fundaron á Cartago;  
Y viendo tanta multitud salvaje  
Que de congregacion hacen amago,  
Determinaron de volver al fuerte  
Con seis heridos, aunque no de muerte.

Hallaron de salud impedimento  
A causa de la vecindad del río,  
Mucho servicio sin vital aliento,  
Y lo vivo sin fuerzas y sin brio;  
Y así luego mudaron el asiento  
A Cali, prepotente señorío,  
Donde hicieron poblacion fundada  
Que la villa de Ampudia fué llamada.

Estando centinelas á la mira,  
Un escuadron cruel fué descubierto,  
El cual llegó con increíble ira  
Y un negro del Añasco quedó muerto;  
Mas fuerza de caballos los retira  
Y los hizo volver con desconcierto,  
Sin que fuese bastante su rencilla  
Para no proseguir la nueva villa.

Pocos dias después destas cuestiones,  
Españoles corrieron la frontera,  
Y entonces descubrieron los gorriones,  
Gente que les caía mas afuera;  
Pero volviéronse con intenciones  
De ver la mas cercana cordillera  
En demanda del gran cacique Pete,  
A quien lo mas de Cali se somete.

Seis caballeros son, treinta peones,  
Soldados viejos, diestros y alentados,  
Que por los mas enhiestos reventones  
Suben con los escudos embrazados,  
Apresurando siempre los talones  
Entre tanto que no son contrastados;  
Y así llegaron sin que se defiendan  
Donde Pete tenia su vivienda.

Vieron en uno de sus aposentos  
Monstruosidad que los escandaliza,  
Cueros de indios sobre cuatrocientos  
Colgados, todos llenos de ceniza,  
Cuyas carnes sirvieron de alimentos:  
Uso que por allí se solemniza;  
Y en otras casas, desta suerte llenos,  
También á seis y á diez, y á mas y á menos.

Segun victoriosos las banderas  
Que ganaron de sus competidores,  
Ó como las pellejas de las fieras  
Que cuelgan los monteros de señores,  
Estas mas brutas y mas carniceras  
Ostentan desta suerte sus furores,  
Y aquel era mejor y mas honrado  
Que mas indios habia desollado.

En estos inhumanos pareceres,  
Costumbres duras y desaforadas,  
Entraban ansimismo las mujeres  
Que solian cazar y ser cazadas,  
Y así por sus enojos ó placeres  
Tenian las pellejas ahumadas:  
Eran también crueles y homicidas,  
Y solian comer y ser comidas.

Huyóles á las gentes castellanas  
Pete, como llegaron á su tierra,  
Mas luego convocó las comarcanas  
Después que mas entraron en la sierra:  
Alistan dardos, arcos y macanas,  
Con los demás pertrechos para guerra;  
Un paso ven los nuestros por delante  
Para los moradores importante.

Era profunda y áspera quebrada  
Forzoso paso para su viaje;  
Reconoció la gente bautizada  
Los intentos del escuadron salvaje;  
Pero la presta barra y el azada  
Aprieta hizo cómodo pasaje;  
Y así, cuando llegó contrario Marte,  
Tenian ellos la contraria parte.

Usaron desta buena diligencia,  
Que los libró de grave pesadumbre,  
Antes que la clarifica presencia  
Del sol los visitase con su lumbre;  
Pues allí la mas firme resistencia  
Era de su salud incertidumbre,  
Por no tener espacio los caballos  
Cómodo, donde puedan meneallos.

Ya cuando los febeos resplandores  
Calentaban las gentes convecinas,  
Cubiertos vieron todos los altores  
De los que van tras nuestras peregrinas  
Aquí y allí resuenan atambores,  
Cóncavos caracoles y bocinas,  
Animándolos el cacique Pete  
Que por diversas partes acomete.

Manifestaba bien ser gente rica,  
Segun las joyas y gallarda traza;  
Entre los escuadrones la cacica  
Y otras mujeres muchas, ó con maza,  
Ó con grueso baston, ó larga pica,  
Para las emplear en esta caza,  
Con que pensaban ocupar las brasas  
Y colgar los pellejos en sus casas.

De jáculos y piedras va volando  
Sobrellos un espeso torbellino;  
Vanse los españoles adargando  
Por el orden mejor que les convino,  
Los unos á los otros reguardando  
Y siempre prosiguiendo su camino;  
Los indios apartados de su huello  
No les daban un punto de resuello.

No con trabada mano se litiga,  
Por tener lo mas alto la canalla;  
Calor y sed y hambre los fatiga,  
Sin que les den lugar á mitigalla;  
El agua ven, al paladar amiga,  
Pasan por ella, no pueden gustalla,  
Que no se lo permite ni consiente  
De los espesos tiros la creciente.

Defendiéndose van desta manera,  
Del escuadron cristiano nadie lesa,  
Hasta que Titan en la cuarta esfera  
Puso su resplandor en igual peso;  
Y habiendo demediado su carrera  
Fuéles bien menester valor y seso,  
Porque lengua mordaz de la cacica  
Con tal reprehension á todos pica:

«O gente baja, vil, floja, cobarde,  
Digna de femenino nombramiento,  
¿Es posible que tanto tiempo tarde  
Con tan pocos venir á rompimiento,  
Y que la parte nuestra mas aguarde,  
Habiendo para uno mas de ciento?  
Romped, rompéd, y apechugá con ellos  
Y asildes de las barbas y cabellos.»

Quedaron tan confusos y corridos  
De lo que dijo la mujer de Pete,  
Que como de demonios revestidos  
Luego cada cual dellos arremete;  
Mas no fueron los nuestros removidos,  
Antes menos ganó quien mas se mete,  
Porque vieras allí lanzas y espadas  
Por ijares y pechos traspasadas.

Aquí vieras cabezas ir rodando,  
Allí regar la tierra roja vena,  
Ir unos con las tripas arrastrando,  
Otros tenderse por aquel arena,  
Brazos caídos, manos palpitando  
Que de los cuerpos el furor cercena,  
Mostrando claramente ser mejores  
Los que eran en el número menores.

Como flujo de mar que la corriente  
De los pequeños rios entorpece,  
Haciéndolos volver acia su fuente  
Si verna sequedad los enflaquece,  
Mas en tiempo de lluvias su creciente  
Contra marinas ondas prevalece,  
Tanto que por gran trecho se señala  
El agua dulce dentro de la mala:

Así los que ya iban con intento  
De retraer los pasos y la lanza,  
Aquel encarnizado rompimiento  
Trocó de tal manera la templanza,  
Que con ensangrentado crecimiento  
Prevalecieron contra la pujanza  
Que los entretenia no sin miedo,  
Antes que se probasen á pié quedo.

Algunos de los nuestros lastimaron  
Los tiros de la bárbara cuadrilla,  
Aunque ningunos dellos peligraron;  
Pero por evitar mayor rencilla  
De dar la vuelta se determinaron  
A los albergues de la nueva villa,  
Y porque el sol estaba ya cubierto  
Tomaron por amparo cierto puerto.

Allí tuvieron vigilante ronda,  
Viendo cubiertos los demás altores  
De gente de macana, dardo, honda,  
Que los atormentaban con clamores,  
Sin quitarse jamás de á la redonda,  
Tocando mil bocinas y atambores,  
No concediendo punto de sosiego  
Cuando lo suele dar el nubló ciego.

Mas cuando resplandor de la mañana  
Ahuyentaba la nocturna lumbre,  
Con gran orden la gente castellana  
Comenzó de bajarse de la cumbre,  
Y de los bárbaros la mas lozana  
Siempre les iba dando pesadumbre;  
Las mujeres también destas aldeas  
Los amenazan con palabras feas.

Porque tras ellos van por las laderas  
Llamándolos ladrones, robadores,  
Las cuales de por sí tienden bandera,  
Y ansimismo tocaban atambores:  
Llevan macanas, lanzas, tiraderas,  
Agudos y volantes pasadores,  
Sin dejar reposar bando cristiano  
Hasta que ya lo vieron en lo llano.

Ningun bárbaro mas el pié levanta  
Ni quiso descender á llana via:  
Los nuestros fueron á su nueva planta,  
Donde su capitán los atendia;  
Llegaron martes de Semana Santa,  
Año de treinta y seis que ya corria,  
Pero por ser los curas ignorantes,  
La celebraron ocho dias antes.

Estando celebrando soberanos  
Misterios, aunque fuera de su día,  
Supieron de los indios comarcanos,  
Mediante lengua que los entendia,  
Cómo crecida copia de cristianos  
Entraba por aquella serranía,  
Siguiendo sus pisadas y sus huellas,  
Y que venian en demanda dellos.

No supieron quién eran de presente,  
Y el capitán Ampudia se recela,  
Imaginando que seria gente  
De los de Santa Marta ó Venezuela;  
Y así con el recato conviniente  
A todas horas hubo centinela,  
Porque solian resultar cuestiones  
Del término de las gobernaciones.

Pues hartas veces vimos furias sueltas  
Sobre las tierras en gobierno dadas,  
Contenciosos bandos y revueltas,  
Cabezas locas bien ensangrentadas,  
Y no pocos soldados á las vueltas  
Muertos de las espesas cuchilladas,  
Y unos y otros en aquel instante  
La voz del rey poniendo por delante.

Aquesta gente pues bien informada  
De que venian ya por la frontera,  
Determinaron ir de mano armada  
Para saber de qué gobierno era:  
La vista dellos fué regocijada  
Desque reconocieron la bandera,  
Por ser su Benalcázar que venia  
Con peones y gran caballería.

Multiplicáronse contentamientos  
Del Ampudia con los recién venidos,  
Usando de los nobles cumplimientos  
Que suelen los amigos conocidos:  
Vinieron á los nuevos aposentos,  
Do fueron regalados y servidos,  
Que seria lo mas cotidiano  
Un poco de pescado y algun grano.

Después que descansaron algun día,  
Por Benalcázar fué determinado  
Que lleven adelante la porfia  
De los descubrimientos del Dorado;  
Mas para yo llevar la misma via  
Siéntome de presente fatigado,  
Y así, primero me será forzoso  
Tomar algun espacio de reposo.

## CANTO CUARTO.

Donde se cuenta cómo Benalcázar despobló la villa de Ampudia y pasó adelante con toda la gente que tenia, con esperanzas de hallar tierras de mayor grandeza; y así por él y por sus capitanes se tentó por diversas partes aquel compás que hoy se llama gobernacion de Popayán.

La condicion del corazon humano  
Con tales esperanzas se halaga,  
Que cuantas mas riquezas á la mano,  
Menos la codiciosa sed apaga;  
Y en el noble varon y en el villano  
Antigua suele ser aquesta plaga,  
Porque la hambre de crecida renta  
Cuado mas come queda mas hambrienta.

Bien vido Benalcázar el provecho  
Que la tierra que huella prometia,  
Y segun el concepto de su pecho  
El mando y el gobierno pretendia;  
Mas aunque de las muestras satisfecho,  
Otra cosa mejor apetecia;  
Y así, debajo de mejorar silla  
Por él se despobló la nueva villa.

A la parte caminan del oriente  
Donde su voluntad les aconseja,  
Y el capitán Miguel Muñoz con gente  
Al río que llamaron de la Vieja,  
Por una con quien dieron de repente  
Llena de espesas rugas la pelleja,  
Pero con tantas joyas su persona  
Como si fuera moza fanfarrona.

No porque la pintó natura fea,  
Mas el tiempo trocó formas primeras,  
Y así suplia lo que ser desea  
Con brazales, collares y orejeras;  
Cinta de oro batido le rodea  
El vientre, los ijares y caderas,  
Las cuales joyas en ajenas manos  
Pesaron ochocientos castellanos.

Luego Miguel Muñoz la desembarga  
Debajo de clemente mansedumbre,  
Con lástima de ver edad tan larga  
Traer á cuestras tanta pesadumbre;  
Mas él no rehusó llevar la carga  
Ni de subir con ella por la cumbre,  
Y así volvió con muestra placentera  
Adonde Benalcázar los espera.

Volviéron otra vez á los gorriones,  
Donde deseo de poblar los llama;  
Mas en sus estendidas poblaciones  
Nunca hicieron permanente cama:  
Continuaron peregrinaciones,  
Pasaron por Encerma y por Cartama,  
No sin grandes contrastes de guerreros,  
Pantanos, ciénagas y atascaderos.